

EL TERREMOTO DE CARMONA DE 1504

Don Manuel González Jiménez

Manuel González Jiménez (Carmona, Sevilla, 1938), es un historiador español. Sus estudios están orientados hacia la Edad Media.

Especialista en la Baja Edad Media en Andalucía y en los reinados de Fernando III de Castilla y Alfonso X de Castilla, ha publicado libros de algunos aspectos relacionados con el reino de Sevilla.

Fue condecorado con la Gran cruz de la Orden de Alfonso X el Sabio.

Publicado por Raúl Fernández, sábado, noviembre 03, 2012
[Carmona Medieval](#)

El 15 de abril de 1504 se produjo, con epicentro en Carmona, un tremendo terremoto al que los sismólogos atribuyen el grado 7 u 8 de la escala Richter. Sus efectos son todavía visibles en una grieta que se extiende desde la muralla del patio de armas del alcázar de Arriba, en dirección a la ermita de la Virgen de Gracia y que ha sido responsable de las numerosas obras de sustentación que han debido realizarse en el Parador Nacional de Turismo de Carmona en los últimos años. No fue el primer terremoto que padeció la ciudad.

Diez años antes, en la noche del 26 de 1494, se produjo un movimiento sísmico al que las fuentes locales describen como un gran temblor e tembor de la tierra. Pero el terremoto de 1504 fue, sin duda, el más importante. Todos los testimonios escritos de la época destacan sus efectos destructores. Y no exageraban, como veremos más adelante. También debió producir un miedo sobrecogedor entre el vecindario, por cuanto el 5 de abril coincidió con el Viernes Santo de 1504.

Para una mentalidad impregnada de religiosidad como era la de entonces, el terremoto debió recordar el que había tenido lugar el primer Viernes Santo de la Historia, cuando Cristo murió, según nos cuentan los Evangelios. Una carta de las mujeres públicas de la villa, escrita al día siguiente del terremoto, expresa el pánico que aún las embargaba:

Muy virtuosos señores: Las mujeres del partido que estamos en la mancebía de esta villa por nuestros pecados, con el acatamiento y reverenda que debemos, besamos las manos de vuestra merced en la cual nos encomendamos y humildemente suplicamos que le plega saber en cómo hay muchas de nosotras que ha dos y tres años que estamos empeñadas en poder de Cuenca por lo que hemos comido y gastado, y no vemos sol ni luna, y estamos peor que cautivas en poder de infieles.

Y muchas de nosotras, viendo la brevedad de esta triste vida que en este mundo vivimos, y ahora reconociendo nosotras estar en tan grande y grave pecado y muy abominable, y viendo el tan temeroso día que ayer Viernes Santo, en el cual día Nuestro Señor obró la redención del género humano, se mostró tan triste y temeroso y espantable que pensamos ser todos fundidos; y porque ya, según las grandes señales, Nuestro Señor creemos quiere que perezca el mundo, y si en este estado nos tomase, nuestras ánimas serían perdidas por este tan feo pecado [...].

El terremoto —estudiado por primera vez por don Jorge Bonsor— dejó un rastro abundante en la documentación y en los cronistas de la época. El relato más detallado se debe a Andrés Bernáldez, cura de Los Palacios, quien escribió:

Entre las nueve a las diez del día, tembló la tierra en España muy espantosamente, e fue el mayor terremoto en esta Andalucía, e fue tan grande espanto en la gente que se caía al suelo de temor e estaban como fuera de sentido. E fue de esta manera:

En la ciudad de Sevilla hubo gran terremoto, y cayeron algunos edificios, especialmente en la iglesia y monasterio de San Francisco, que cayó un pedazo de la iglesia y mató a dos o tres mujeres luego [...]. E hizo muy gran daño en la iglesia y un gran portillo; y en otras partes de la dicha ciudad muchos edificios estremecidos y hendidos y caídos, y así mismo en otros muchos lugares de esta Andalucía. En la villa de Carmona se sintió este terremoto más que en toda España, pues fue tan terrible y espantoso que pareció que todos los edificios andaban en goznes y que la tierra no tenía asiento. Y cayeron tantos edificios de las fortalezas y de las iglesias y de las casas que de aquí a cien años no se labrarán ni se harán. Cayó la iglesia de Santa María de Gracia, que es en el monasterio de los frailes de San Isidro, fuera de la villa, y mató a dos frailes.

En la villa de Carmona murieron 27 personas, y fueron heridos y descalabrados muchas personas, de que después murieron algunos. Y duró allí muy gran rato el terremoto. Y con el espanto pensaban que era la fin del mundo. Y en algunos lugares cerca de Guadalquivir, desde Alcalá del Río arriba, fue de la manera de Carmona, así como en Cantillana, Tocina y Palma del Río.

Un manuscrito conservado en la Biblioteca Capitulada y Colombina, de Sevilla, refiere que, durante el terremoto, «se vio la torre de la Iglesia Mayor [la Giralda] removerse y temblar de manera que de suyo cinco o más veces tocaron las campanas, y algunos dicen que vieron la dicha torre abierta por sus cuatro esquinas». El recuerdo del terremoto permaneció vivo en la memoria de la gente. A comienzos del siglo XVII, un fraile del monasterio jerónimo de Carmona, donde se custodiaba la imagen milagrosa de la Virgen de Gracia, escribió en el manuscrito titulado Historia de la invención de Nuestra Señora de Gracia lo siguiente:

Estando cantando la Pasión el Viernes Santo en el convento, se cayó la capilla mayor y mató a dos de los pasionistas, y no ocurrieron más porque estaba junto el regidor Antonio de Baeza Barba con sus criados y pastores tratando de pelar las ovejas, habiendo oído el golpe y oyendo que los frailes tocaban las campanas pidiendo auxilio, acudió con su gente con azadones y herramientas y sacaron el tercer pasionista de entre los escombros.

Todavía a la distancia de siglo y medio del terremoto, el analista sevillano don Diego Ortiz de Zúñiga escribía que tembló la tierra con tal estremecimiento que pareció que no podía quedar edificio enhiesto, porque a todos se miraba dar tales vaivenes que a cada uno recelaba total ruina. La torre de la Santa Iglesia (Catedral) pareció que se desplomaba, cayeron otras, arruinóse multitud de casas, flaqueó la fortaleza de muchos templos, hundióse la techumbre de San Francisco, en el de San Pablo la mayor parte, y hasta el fortísimo edificio de la Santa Iglesia se abrió por muchas partes.

Un relato posterior, conservado en el Archivo Municipal de Sevilla, entre los papeles del Conde del Águila, refiere en un tono extremadamente truculento y dramático que:

Este Viernes Santo cinco de abril, con el terremoto andaba la gente como muerta pidiendo misericordia a Dios. Atemorizábanlos también los terribles bramidos de los animales, balidos de ovejas y aullidos de perros. Las lechuzas y demás aves nocturnas, dejando sus nidos, andaban rolando desatinados. Las bóvedas de los templos, torres y palacios, principalmente esta Santa Iglesia, se arruinaban, y herían y mataban muchos hombres y mujeres.

El río Guadalquivir, con sus naos, se vio diferentes veces fuera de madre. La torre [de la Catedral] se vio abierta por sus cuatro esquinas. Se dice vieron la sustentaba un ángel porque no cayese. Los pastores y gente de campo contaban que vieron muchas señales sobrenaturales y que cayó grueso pedrisco, y el sol turbado y oscurecido y grandes temblores, y que les parecía haberse hundido la ciudad de Sevilla porque vieron por su campo todo abrirse la tierra y por sus aberturas salir grandes avenidas de agua, y volviéndose a cerrar luego, sorbérselas dentro de sí, romperse y abrirse las piedras o peñas por medio, y las breñas exhalar de sí vapor muy espeso mezclado con ceniza que dejaba encendidos los árboles y la tierra, y la tempestad y lluvias rebalsaron en las villas de Cantillana, Carmona, Villanueva y Lora, cuyas fortalezas y mayores edificios cayeron matando y haciendo herir a mucha gente que dejaron sus casas y haciendas. Otros afirman haber visto manar las fuentes agua de color de sangre, en especial en Almadén de la Plata, Cazalla y otros pueblos que quedaron casi hundidos.

* * *

La documentación conservada en el Archivo Municipal de Carmona es muy abundante y expresiva, aunque —exceptuada la carta que las mujeres públicas de la mancebía de la villa dirigieron al cabildo— no se ha conservado ningún relato detallado del seísmo.

El 12 de abril el concejo envió a la corte al regidor Luis Verdugo con el encargo de entregar a los reyes, en persona, una carta sobre las destrucciones producidas por el terremoto en Carmona. En el Memorial que se le entregó de las cosas que debía tratar en la corte, se le decía que, como testigo de vista, debía referir a sus majestades cuán perdida y destruida queda esta villa si sus altezas no la remedian en la gran necesidad y pobreza de toda la gente de ella.

Por ello, la villa solicitaba de los reyes, entre otras cosas, que, para poder remediar los destrozos, se eximiera a sus vecinos, durante quince años, del pago de alcabalas, imposiciones y cualquier otro tributo real, empezando ya en 1504. Las noticias sobre daños de edificios —por desgracia, no sabemos sobre daños personales más de lo que dicen las crónicas— son relativamente abundantes. Espiguemos algunas de las que nos ofrece la documentación municipal.

El 12 de abril, Fernando de Montedoca pidió a concejo que mandasen reparar el horno de Carrascoso, que desde el día del terremoto estaba apuntalado amenazando ruina.

El 4 de mayo, un tal Francisco Gallego, que tenía arrendada una casa propiedad del concejo, situada en la Bodeguilla (hoy, la Bohiguilla), solicitaba su reparación ya que estaba derribada. El 10 de mayo, Juan de Padilla pidió que se le arrendase una tienda en la Plaza del Salvador, comprometiéndose a repararla a su costa, ya que, como consecuencia el terremoto, quedó toda quebrada y derrumbada. El 21 de junio, Bartolomé de Cuenca, a quien la villa había arrendado la mancebía, pidió al cabildo que reparase la casa de fiera, derribada por el terremoto, y las casillas de las mujeres, cuyas paredes estaban abiertas y los tejados hundidos.

Como resultado de las gestiones de Luis Verdugo en la corte, el 22 de junio se expedía una carta real ordenando al corregidor de Carmona que averiguase los daños producidos por el terremoto y que informase sobre cuánto costaría repararlos. El informe sobre los daños del terremoto y la valoración de los mismos no se ha conservado completo, ya que falta la parte correspondiente a los barrios de Santa María, San Blas, San Salvador, San Bartolomé y San Pedro. Pero, por lo que subsiste, podemos hacernos una idea de la magnitud de la catástrofe:

Casas del barrio de Santiago 983.000 mrs.

Id. del barrio de San Felipe 828.000 mrs.

Iglesia de Santa Marta 60.000 mrs.

Iglesia de San Salvador 15.000 mrs.

Iglesia de San Blas 25.000 mrs.

Iglesia de San Bartolomé 120.000 mrs.

Iglesia de Santiago 23.000 mrs.

Iglesia de San Felipe 14.000 mrs.

Iglesia de San Pedro Convento de San Francisco 25.000 mrs. 16.000 mrs.

Desconocemos el valor de los daños producidos en las restantes collaciones de la villa y en otras edificaciones religiosas singulares. Pero salta a la vista que no debieron ser tan elevados como los que el terremoto provocó en las collaciones de Santiago y San Felipe, situadas al borde del Alcor. De las iglesias, la más dañada resultó ser la de San Bartolomé. En cuanto a edificios civiles, sólo sabemos, además de lo dicho más arriba, que las casas de la mancebía de la villa resultaron muy dañadas hasta el punto de que en las cuentas de 1506 se le descontaron al arrendador de la renta de dichas casas 5 000 mrs. por el daño que recibió del terremoto que derribó el mesón de las mancebía. Ese mismo año, el concejo invirtió 7.000 maravedíes en el reparo del mismo. Todavía en 1512 se estaban efectuando reparos en el mesón por valor de 7.600 mrs. Según el informe antes citado, los daños totales ascendieron a 7.562.5000 mrs., sin contar los que se produjeron en las fortalezas, torres y murallas, que fueron tan grandes que no se podrían apreciar, ya que casi la mayor parte de los adarves [muros] están derribados por muchas partes y después del terremoto cada día se caen y se han de caer. No sabemos cómo ni a qué coste se llevó a cabo la reconstrucción de la ciudad, ni tan siquiera en qué medida la corona contribuyó a la reparación de los daños.

A fines de 1504, en noviembre, moría la reina Isabel la Católica y sobre Carmona se abatieron otros problemas de mayor gravedad y urgencia, como las malas cosechas de 1504, 1505 y 1506, seguidas de una hambruna generalizada y, para cerrar el ciclo, la tremenda peste de 1507 que, según nos informa un memorial elevado a la corte, provocó la muerte de más de la mitad de gente de este pueblo.